

aumenta con el brillo metálico y todavía más con la transparencia, por ejemplo, en los vidrios de colores; y sobre todo el efecto de las nubes reflejando la luz del sol poniente, provienen de que este es el medio más fácil, medio puramente físico é infalible, de concentrar toda nuestra atención en el conocimientos, sin excitación alguna de la voluntad, y de ponernos así en las condiciones del conocimiento puro, aunque en el caso de que se trata, esa condición la constituye, en suma, la sensación procedente de una impresión recibida en nuestra retina; pero esta sensación, exenta de dolor y de placer, así como de toda excitación directa de la voluntad, pertenece al conocimiento puro.

CAPITULO XXXI (1)

DEL GENIO

Lo que constituye propiamente el genio es el predominio de aquella facultad de conocimiento que hemos descrito en los dos capítulos anteriores, y que da origen á las verdaderas creaciones de las artes, de la poesía y hasta de la filosofía. Como este conocimiento tiene por objeto las ideas platónicas, y como éstas no pueden ser percibidas en abstracto, se infiere de ahí que el genio consiste esencialmente en la perfección y energía del conocimiento intuitivo. Por consiguiente, calificamos de obras de arte aquellas que proceden directamente de la intuición y directamente también se dirigen á ella, así las que pertenecen á las artes plásticas, como las que pertenecen á la poesía, que transmite sus intuiciones por conducto de la imaginación.

En esto se advierte la diferencia que hay entre el genio y el talento: esta última cualidad consiste más bien en una ductilidad y una penetración superiores del conocimiento discursivo, que no en el conocimiento intuitivo. El hombre de talento piensa con más rapidez y con mayor exactitud que los demás; el genio,

(1) Este capítulo se refiere al § 36 del primer volumen.

por el contrario, ve un mundo diferente del que ven los otros hombres, y esto depende de que su mirada penetra más profundamente en ese mundo que á los ojos de todos se ofrece, y que en su cerebro se presenta más objetivamente, y, por lo tanto, más puro y preciso.

La inteligencia no es otra cosa, con arreglo al fin para que fué creada, que el mediador de los motivos; por consiguiente, lo que percibe primeramente en las cosas son sus relaciones directas, indirectas ó meramente posibles con la voluntad. En los animales cuya inteligencia se halla limitada exclusivamente á las relaciones directas, el hecho es más patente por eso mismo.

Lo que no guarda relación con su voluntad no existe para ellos. Nos sorprende á veces observar cómo los animales más inteligentes no se fijan en cosas chocantes; v. gr., el ver que no manifiestan sorpresa alguna ante los cambios operados en nuestra persona ó en las cosas que los rodean, aunque esos cambios salten á la vista. En el hombre normal, á las relaciones directas se agregan, en verdad, las relaciones indirectas y hasta las meramente posibles con la voluntad, pero no por eso deja de limitarse el conocimiento á las relaciones. En un cerebro normal las imágenes de las cosas no llegan jamás á adquirir una objetividad perfectamente pura, pues la fuerza de la intuición de semejante cerebro se agota y queda inactiva desde que deja de ser estimulada y movida por la voluntad; no tiene suficiente energía para apoderarse del mundo objetivamente, en virtud de su propia elasticidad y sin fin alguno.

Por el contrario, cuando la facultad de intuición posee un excedente de fuerza bastante para producir en el cerebro una imagen pura, clara, objetiva é in-

voluntaria del mundo exterior, imagen inútil para las intenciones de la voluntad, y que al llegar á su grado supremo se convierte en un estorbo y hasta puede ser un peligro para ésta; cuando la intuición, repito, posee tal fuerza, existe por lo menos la disposición para la facultad anormal que se designa con el nombre de genio, nombre que indica que el principio de que se trata es algo ajeno á la voluntad, al propio *yo*; algo como un *genio* venido de fuera.

Prescindiendo de metáforas, el genio consiste en que la facultad del conocimiento ha recibido un desarrollo considerablemente mayor del que exige el servicio de la voluntad, para el cual únicamente nació aquélla. Por eso la fisiología podría, en cierta medida, clasificar esa exuberancia de actividad, y al mismo tiempo de sustancia cerebral, entre los monstruos *per excessum* que ella coloca, como es sabido, junto á los monstruos *per defectum* y *per situm mutatum*.

Consiste, pues, el genio en un exceso anormal de la inteligencia que no se puede utilizar de otro modo que aplicándolo á conocer lo general de la existencia, de donde resulta que se halla consagrado al servicio de la humanidad entera, como la inteligencia normal lo está al del individuo. Para hacer patente la cosa podría decirse que el hombre normal se compone de dos tercios de voluntad y uno de inteligencia, y el genio, por el contrario, de dos tercios de inteligencia y un tercio de voluntad.

También puede explicarse el caso por medio de una comparación tomada de la química: la base y el ácido de una sal neutra se distinguen el uno de la otra en que en la base la relación entre el radical y el oxígeno, es inversa á esa misma relación en el ácido. En efecto; lo que caracteriza á la base ó álcali, es que el ra-

dical predomine sobre el oxígeno, mientras que en el ácido el oxígeno predomina sobre el radical. Esa misma relación hay entre el hombre normal y el genio, considerado desde el punto de vista de la voluntad y la inteligencia. Esto crea una diferencia decisiva entre ellos, que se manifiesta en su manera de ser y de obrar, pero principalmente en sus obras. Volviendo al ejemplo antes citado, se puede decir, para señalar la diferencia, que aquel contraste total entre los cuerpos establece entre ellos, en química, una afinidad electiva y una atracción de las más poderosas, pero entre los hombres suele suceder lo contrario.

La primera manifestación que provoca ese exceso de inteligencia de que vengo tratando, es el conocimiento más primitivo, más radical y más esencial, á saber: el conocimiento intuitivo, que impulsa al que conoce á reproducir por medio de una imagen lo que ve; así nacen los pintores y escultores. Por consiguiente, en éstos la distancia entre la concepción genial y la creación artística, es la más corta, y la forma bajo la cual se manifiesta el genio, la más sencilla y más fácil de describir. Precisamente es aquí donde se ve con toda claridad la fuente de donde sacan todas las artes sus verdaderas producciones, pues lo mismo que con la pintura y escultura, ocurre con la poesía y hasta con la filosofía, si bien el procedimiento no es tan sencillo.

Recuérdese el resultado á que nos condujeron las investigaciones contenidas en el primer libro; esto es, que la intuición es una operación de la inteligencia, y no solamente obra de los sentidos. Si añadimos á esto la explicación contenida en el presente capítulo, y consideramos además que la filosofía del siglo anterior designaba la cognición intuitiva con el nombre de «fa-

cultades inferiores del alma», veremos que Adelung, que hablaba en el lenguaje de su época, no decía nada desatinado cuando hacía consistir el genio en un desarrollo sensible de las facultades inferiores del alma, y que no merece, por tanto, el amargo desdén con que Juan Pablo cita el hecho en sus *Elementos de Estética*. Cualesquiera que sean los méritos innegables de esta obra, debo hacer notar que cuantas veces su autor se propone una demostración teórica, ó, en general, un fin de enseñanza, apela al sistema de la ironía y de la comparación, sistema que resulta bien poco adecuado.

En la intuición es donde se nos revela primeramente la verdadera naturaleza de las cosas, aunque todavía de una manera condicionada. Todas las nociones generales, todos los pensamientos, no son, en efecto, más que abstracciones, y, por consiguiente, representaciones parciales de la intuición, producidas por medio de una eliminación mental. Todo conocimiento profundo, toda verdadera sabiduría, tiene su raíz en la comprensión intuitiva de las cosas, como lo expuse extensamente en los complementos al primer libro. Toda verdadera obra de arte, todo pensamiento inmortal, recibe la chispa vivificadora del seno de la concepción intuitiva. Todo pensamiento profundo y original supone imágenes. Los conceptos no producen más que las obras del talento, los pensamientos discretos, las imitaciones, y, en general, todo aquello que tiende sólo á satisfacer las necesidades del presente y á agradar á los contemporáneos.

Pero si nuestra intuición dependiera constantemente de la presencia real de las cosas, sus asuntos se hallarían completamente á merced del acaso, que rara vez nos presenta los objetos en el instante oportuno, ni suele disponerlos por el orden conveniente, ni presentar-

nos más que ejemplares, con frecuencia muy defectuosos. Por eso necesitamos de la imaginación, que viene á completar las imágenes importantes de la vida, las ordena, las da calor y fijeza y las repite á voluntad, según lo requieran, ya el objeto de un estudio en que necesitamos penetrar profundamente, ya alguna obra importante que hemos de realizar. Lo que da á la imaginación el gran valor que reviste, es que ella constituye el instrumento indispensable para el genio, pues por virtud de la imaginación es como puede éste, según lo exige el encadenamiento de su obra plástica, de su poesía ó de su meditación, representarse cada objeto ó cada escena en una imagen viviente; y cómo le es dable nutrirse con elementos siempre nuevos, sacados de la fuente primera de todo conocimiento, de la intuición.

El hombre dotado de fantasía puede, por decirlo así, evocar espíritus que le revelan, en el momento más oportuno, las verdades que la realidad desnuda nos presenta pálidas, escasas y comúnmente fuera de tiempo. La diferencia entre el que posee esta facultad y un hombre desprovisto de imaginación, es la misma que la de la ostra pegada al banco y obligada á esperar lo que al azar le plazca enviarla y el cuadrúpedo ó el ave. El que carece de imaginación, no tiene otra intuición que la positiva que le suministran los sentidos. Hasta que esto sucede, no le queda otro recurso que rumiar conceptos y abstracciones, que son tan solo cáscaras y envolturas y no el núcleo del conocimiento. Jamás podrá producir nada grande, como no sea en la jurisdicción de las matemáticas y el cálculo. Las obras de las artes plásticas y de la poesía y hasta las de la música, pueden ser también consideradas como medios de suplir en lo posible la imaginación

para los que carecen de ella, y como medios de facilitar su empleo á los que la poseen.

Aunque, según hemos dicho, el conocimiento propio y esencial del genio es el conocimiento intuitivo, sin embargo, su objeto no lo forman, en manera alguna, las cosas particulares, sino las ideas platónicas que se expresan en ellas, en el sentido que hemos expuesto en el capítulo XXIX. El carácter fundamental del genio es ver siempre lo general en lo particular, mientras que el hombre común no ve en lo particular más que lo particular, puesto que sólo en tal concepto pertenece lo particular á la realidad, que es lo que le interesa, es decir, lo que tiene relaciones con su voluntad. La proporción en que cada inteligencia se aproxima al genio puede graduarse por la medida en que cada uno, no con el pensamiento, sino directamente con la intuición, ve en las cosas individuales sólo lo particular, ó bien percibe ya los caracteres generales de la especie. Según esto, el objeto del genio es la esencia de las cosas, su aspecto general, su conjunto, mientras que el campo de estudios del talento es el examen de los fenómenos particulares en las ciencias naturales, que tienen por objeto las relaciones de las cosas entre sí.

Conviene recordar aquí lo que expuse detalladamente en el capítulo anterior, á saber que la condición para percibir las ideas, es que el individuo que conoce sea puro sujeto del conocimiento, es decir, que la voluntad se eclipse completamente en su conciencia. El placer que hallamos en ciertas poesías de Goethe, que evocan vivamente un paisaje, ó en ciertas descripciones de la naturaleza debidas á Juan Pablo, dependen de que nos hacen participar de la objetividad de su espíritu, de la pureza con que en ellos se aislaba el

mundo como representación, desprendiéndose, por de cirlo así, enteramente, del mundo como voluntad.

Como en el genio la manera de conocer se halla libre de la voluntad y de todo cuanto con ella se relaciona, resulta que sus obras no son el resultado de la intención ó del capricho, sino de una necesidad instintiva. Lo que se llama agitación del genio, la hora en que se enciende el fuego sagrado, el momento de inspiración no es otra cosa que la liberación de la inteligencia en el instante en que al sustraerse por un momento á la servidumbre en que la tiene la voluntad, en vez de permanecer inactiva ó sumida en el abatimiento, se pone, durante ese breve período, á trabajar sola y libre. Entonces, enteramente purificada, se convierte en claro espejo del universo, pues separada completamente de la voluntad, su fuente primera, es ella el mundo mismo de la representación, concentrado en una conciencia única. En tales momentos se engendra el alma de las obras inmortales. Por el contrario, en toda meditación á que nos entregamos deliberadamente, la inteligencia no es libre, puesto que la voluntad la guía y le presenta su tema.

El sello de vulgaridad que se observa en la mayor parte de las fisonomías, depende de que se advierte en ellas la estrecha subordinación de la inteligencia á la voluntad, el apretado nudo que las enlaza una con otra, y la imposibilidad, derivada de esto, de comprender las cosas de otro modo que en sus relaciones con la voluntad y sus designios. En cambio la expresión del genio, que da un asombroso parecido de familia á todos los hombres superiores, consiste en que se lee directamente en ella la emancipación de la inteligencia, su manumisión de la esclavitud en que la tenía la voluntad, el predominio de la cognición sobre

el querer, y como todo dolor viene de la voluntad, como el conocimiento en sí mismo es sereno y libre de penas, esto da á la mirada clara y penetrante del hombre de genio, á su elevada frente, no abatida bajo la tiranía y las penas de la voluntad, ese aspecto de serenidad superior y en cierto modo ultraterrestre, que se advierte en su rostro y que se combina perfectamente con la melancolía que expresan otras facciones, y en particular la boca. Esta armonía está perfectamente caracterizada en la divisa de G. Bruno: *In tristitia hilaris, in hilaritate tristis*.

La voluntad, raíz de la inteligencia, se opone á toda actividad enderezada en diferente dirección de la que marcan sus intenciones. Por eso la inteligencia no es capaz de una comprensión profunda y objetiva del mundo exterior, hasta que no se desase de esa raíz, aunque sea por un momento. Hasta entonces es incapaz de obrar con sus propios recursos y queda dormida, hasta que la voluntad (el interés) no viene á despertarla y á moverla. Llegado este caso, se encuentra sin duda en aptitud de conocer las relaciones de las cosas, según el interés de la voluntad, como lo hace todo espíritu inteligente que por lo mismo ha de ser un espíritu despierto, es decir, vivamente excitado por la voluntad, pero por eso es incapaz de hacerse cargo de la naturaleza puramente objetiva de las cosas, pues la voluntad y sus intenciones le hacen tan parcial que no ve en las cosas más que lo que á aquélla interesa. Lo demás desaparece en parte, y en otra parte no llega sino falseado á la conciencia. Un viajero á quien apremian el tiempo y la inquietud, v. gr., no verá en el Rhin y sus riberas más que un foso que corta su camino, ni en el puente más que un camino que atraviesa el foso. En la cabeza del hombre entera-

mente absorto en sus miras, el mundo presenta el mismo aspecto que el más hermoso paisaje en el plano de un campo de batalla. Cierto que los ejemplos que cito, para mayor claridad, son exagerados, pero esto no obsta para que toda excitación de la voluntad, por ligera que sea, produzca el resultado de desnaturalizar el conocimiento de una manera análoga á la indicada en aquellos ejemplos.

No podemos ver el mundo con su color y forma verdaderos, ni apreciarle en su significación exacta y completa hasta que la inteligencia, desasida de toda volición, vuela libremente sobre los objetos, y sin ser estimulada por la voluntad, despliega una actividad enérgica. Tal estado es, sin duda, contrario á la esencia y destino de la inteligencia, y, por tanto, opuesto en cierta medida al orden de la naturaleza; por eso es extremadamente raro y el genio consiste precisamente en que ese estado se produzca en un grado superior y de una manera permanente, mientras que en los demás hombres sólo se presenta por excepción y menos acentuado.

En este sentido acepto lo que dice Juan Pablo, cuando en sus *Elementos de estética* coloca la esencia del genio en la *reflexión*. Efectivamente, el hombre vulgar está sumergido en el torbellino, en el tumulto de la vida, á la cual pertenece por su voluntad. Su inteligencia está enteramente ocupada por las cosas y los acontecimientos de esa vida, pero no percibe las cosas en sí mismas ni la existencia misma, de igual manera que un comerciante en la Bolsa de Amsterdam, oye perfectamente lo que dice el que está á su lado, pero no se hace cargo del murmullo, parecido al ruido del mar, que resuena en la sala y que llama la atención al observador colocado á alguna distancia. Para el ge-

nio cuya inteligencia está desprendida de la voluntad y por tanto de la persona, nada de lo que á esta última concierne, puede interponerse entre sus ojos y el mundo de los objetos. Los percibe distintamente, los ve objetivamente tales como son, fuera de toda relación con su voluntad. En este sentido es *reflexivo*.

Esa reflexión es lo que hace al pintor capaz de producir en el lienzo la naturaleza que tiene delante de los ojos y al poeta capaz de evocar fielmente la intuición actual por medio de nociones abstractas, enunciándolas y llevándolas con claridad á la conciencia; y es también lo que le permite expresar con palabras lo que los demás experimentan sin poder expresarlo.

El animal vive sin reflexión. Tiene conciencia, es decir, se conoce á sí mismo, conoce su placer y su dolor, así como los objetos que para él son origen de uno ú otro estado. Pero su conocimiento es siempre subjetivo y jamás se hace objetivo. Todo lo que entra en el círculo de su conocimiento le parece que se entiende de suyo y no puede ser para el animal ni un objeto de manifestación ni un problema ú objeto de meditación. Su conciencia es, pues, inmanente por completo. La conciencia de los hombres vulgares es de naturaleza, si no idéntica, semejante á la del animal, pues su percepción de las cosas y del mundo es casi exclusivamente subjetiva y permanece casi siempre inmanente: ven las cosas que hay en el mundo, pero no ven el mundo; ven sus propios dolores pero no se ven á sí mismos.

A medida que la claridad del conocimiento crece pasando por grados infinitos, la reflexión se desenvuelve también cada vez más, hasta que poco á poco ocurre que á veces, aunque todavía en raras ocasiones y con diversos grados de claridad, se plantea esta cuestión,

que atraviesa por el cerebro como un relámpago, ¿qué es todo esto? ¿cómo se ha producido esto? La primera de ambas preguntas, cuando nos la hacemos con gran precisión y perseverancia, da origen al filósofo; la segunda, en las mismas condiciones, dará origen al artista ó al poeta. De este modo es como la alta misión de esos hombres tiene su origen en la reflexión, pues esta viene de la claridad con que perciben el mundo y se ven á sí mismos, lo cual les induce á meditar sobre tales objetos. Pero el proceso, en conjunto, depende de que la inteligencia, merced á su preponderancia, se desprende por algunos momentos de la voluntad, á cuyo servicio fué destinada primordialmente.

Las consideraciones que aquí expongo acerca del genio vienen á completar lo que dije en el capítulo XXI sobre la separación creciente entre la inteligencia y la voluntad que se observa al recorrer la escala de los seres. Esta separación alcanza su supremo grado en el genio, en el cual la inteligencia logra desprenderse completamente de su raíz, la voluntad, quedando libre. Sólo entonces, el *mundo como representación* adquiere una perfecta objetividad.

Debo exponer todavía algunas observaciones sobre la individualidad del genio. Observó ya Aristóteles, según Cicerón dice en sus *Tusculanas*, que *omnes ingeniosos melancholicos esse*, lo cual sin duda se relaciona con cierto pasaje que se encuentra en los *Problemas* de Aristóteles. Goethe ha dicho también:

«Mi ardor poético era débil cuando caminaba hacia la dicha, pero me encendía en viva llama cuando huía yo de una desgracia amenazadora. La suave poesía, como el arco iris, sólo se dibuja bien sobre un fondo sombrío, por eso el genio, se presta á la melancolía.»

Esto se explica de la siguiente manera. Como la vo-

luntad recobra siempre su primer imperio sobre la inteligencia, ésta puede emanciparse más fácilmente de su servidumbre cuando las condiciones personales son desfavorables, pues se aparta con gusto de las circunstancias desagradables, como para distraerse, y entonces se dirige hacia las cosas ajenas del mundo exterior con mayor energía, haciéndose así más fácilmente objetiva. Las condiciones personales favorables influyen en sentido inverso. Pero considerando la cuestión desde un punto de vista más general, se advierte que la melancolía que acompaña al genio depende de que cuanto más clara es la inteligencia que difunde su luz sobre la voluntad de vivir, más claramente también comprende esa voluntad lo miserable de su condición.

El humor sombrío que frecuentemente se observa en los espíritus eminentes puede ser comparado al Mont-Blanc con su cima siempre nubosa; pero cuando alguna vez, por la mañana, el velo de las nubes se rasga, cuando la montaña empurpurada por los rayos del sol, con la cabeza tocando al cielo por encima de las nieblas, contempla á Chamouny á sus pies, ofrece un espectáculo, ante el cual el corazón de todo hombre se regocija hasta en lo más íntimo de su ser. Así el genio, melancólico de ordinario, muestra á intervalos esa serenidad particular á que he aludido, que sólo á él pertenece puesto que nace de la perfecta objetividad del espíritu y que se cierne como un reflejo luminoso sobre su vasta frente: *in tristitia hilaris, in hilaritate tristis*.

La mediocridad consiste, en lo sustancial, en que la inteligencia todavía muy atada á la voluntad, no trabaja más que á instigación de ésta y por tanto está enteramente á su servicio. Las medianías no tienen otras miras que las personales. Por eso hacen cuadros malos, poesías sosas, filosofías insignificantes, absurdas y

hasta de mala fe cuando con ellas quieren fingir una piedad hipócrita ante sus superiores y las personas de cierta categoría. Toda su conducta, todo su pensamiento es personal. A lo sumo logran hacerse una *manera*, asimilándose la parte exterior, accesoria, facultativa de las grandes obras. Se apoderan de la cáscara en vez de la almendra y se figuran haber alcanzado con eso la perfección y hasta haber superado á los maestros. Si el fracaso se hace patente, más de uno espera triunfar al cabo á fuerza de buena voluntad, sin comprender que esa buena voluntad misma es lo que impide el éxito favorable, pues está siempre enderezada hacia las intenciones personales y éstas hacen imposible toda obra de arte, toda poesía, toda filosofía seria. A estos puede aplicarse perfectamente el adagio alemán: se tapan á sí mismos la luz. No comprenden que para ser capaz de producir obras de arte verdaderas, es preciso que la inteligencia se emancipe del dominio de la voluntad y sus intenciones y que trabaje libremente; y es suerte para ellos que no comprendan estas cosas, pues si las comprendieran se tirarían de cabeza al río, desesperados. En *moral* la buena voluntad es el todo, pero en el arte no es nada; en arte se necesita poder como lo indica la palabra alemana (*Kunst*, arte del verbo *Können*, poder.)

En último término, todo se reduce á saber de qué naturaleza son las cosas á las cuales da el hombre verdadera importancia. La mayor parte de los hombres no toman en serio más que su propio bien y el de los demás, por eso son incapaces de trabajar en otra cosa que no sea esto, pues ninguna resolución, ningún esfuerzo voluntario é intencional, puede darnos, reemplazar ó variar de lugar lo que para nosotros es lo serio é importante. Esto permanece siempre donde la

naturaleza lo ha colocado, y sin ello nada se hace más que á medias. Por la misma razón los hombres de genio suelen administrar mal sus intereses. Como un plomo colocado en la parte baja de algún objeto hace que este torne siempre á una posición de equilibrio determinada por aquel peso, así lo verdaderamente serio para un hombre atraerá siempre la fuerza y la atención de su inteligencia hacia el punto donde reside, y de todo lo demás no cuidará con verdadero interés. De ahí que sólo esas individualidades raras y anormales, esos hombres para quienes lo serio no reside en las cosas personales y prácticas, sino en lo objetivo y lo teórico, están en situación de comprender la esencia del mundo y de las cosas, es decir, las verdades más elevadas y de reproducirlas de algún modo. Lo serio, cuando lo colocamos en el aspecto objetivo, fuera del individuo, tiene algo de extraño, de contrario á la naturaleza humana, casi de sobrenatural; pero sólo con esta condición llega á ser grande el hombre, y lo que entonces crea se atribuye á un genio de naturaleza diferente de la suya y del cual se halla poseído. Para un hombre de esta clase, todo lo que él produce, poesía, cuadros ó meditaciones, es el *fin* mismo, mientras que para los demás no es más que el *medio*. Estos no buscan más que su negocio y á veces saben hacerle prosperar perfectamente, pues se acomodan á los gustos de sus contemporáneos y están dispuestos á satisfacer sus necesidades y sus caprichos; por eso su posición suele ser floreciente mientras que la vida del genio es con frecuencia miserable. Este sacrifica su bienestar personal al fin objetivo; y no puede menos de hacerlo pues ese fin es para él lo serio. Aquellos hacen lo contrario, y por eso son *pequeños* mientras que el genio es *grande*. La obra de éste es de todos los tiempos, aunque